

Sobre el Método de Gramsci (de la historiografía a la ciencia política)

ALESSANDRO PIZZORNO

1. En la obra titulada *Alcuni temi della questione meridionale* Gramsci reconstruye, en cierta forma, la situación política italiana que precedió a la Primera Guerra Mundial. A fines de siglo, la burguesía italiana se encontró frente a la amenaza, si no de una verdadera alianza entre los campesinos meridionales y los obreros del norte, por lo menos de insurrecciones simultáneas de estas dos fuerzas. “La insurrección de los campesinos sicilianos en 1894 y la insurrección de Milán en 1898, fueron la piedra de toque para la burguesía italiana.” Para poder seguir gobernando, la clase burguesa tenía que elegir entre buscarse aliados entre las fuerzas de los campesinos meridionales, o entre las fuerzas de los obreros del norte. En el primer caso, sería necesario tomar las siguientes medidas: libertad aduanal, sufragio universal, descentralización administrativa, baja en los precios de los productos industriales. En el segundo caso, era necesario el proteccionismo aduanal, el mantenimiento del centralismo estatal, una política reformista de los salarios y de la libertad sindical (esto es, aumento de salarios y un reconocimiento más amplio de los líderes sindicales). La burguesía eligió la segunda solución, encarnada en Giolitti. Pero la alianza con Giolitti provocó una crisis en el Partido Socialista. En la oposición al reformismo, sobre todo en la de los intelectuales, partidarios del sindicalismo revolucionario, se manifestaron las posiciones y las exigencias objetivas de los campesinos meridionales. Mientras tanto, debido al desarrollo del capitalismo del norte y a sus repercusiones sobre la agricultura, se reforzó y entró en actividad una nueva categoría social: la de los campesinos del norte. Esto causó una crisis definitiva sobre la dirección reformista del Partido Socialista Italiano y su alianza con Giolitti. Éste se decidió por la alianza con los representantes católicos de los campesinos del norte (pacto Gentiloni).

Analicemos este esquema. Gramsci toma en consideración los siguientes sujetos de acción histórica: la burguesía italiana, los obreros del norte, los grandes terratenientes del sur, los campesinos del norte y los campesinos del sur. Las categorías que sirven para identificar a estos sujetos se refieren a las posiciones que ocupan en relación con la producción (burguesía, obreros, terratenientes, campesinos) o, también, con relación a sus posiciones geográfico-nacionales que, con un término más amplio, de uso común actualmente, podríamos definir, como culturales (norte y sur). Estos sujetos históricos actúan a través de sus representantes políticos, pero su posición en relación con estos representantes parece ser de dos tipos. Algunos tienen con dichos representantes una especie de correspondencia "necesaria" y son: la burguesía industrial (la cual, en este periodo no parece considerar a Giolitti como a su representante) y los grandes terratenientes. Para estos sujetos resulta válida la regla de que no pueden actuar de otra manera que como lo hacen. Pero hay otros que se encuentran frente a una alternativa y los grupos que los representan políticamente pueden ser diversos; los obreros del norte pueden ser representados por los socialistas reformistas o por los revolucionarios, los campesinos del norte, o por los católicos o por los socialistas revolucionarios; los campesinos del sur, por los terratenientes, que son sus patronos, o por los socialistas revolucionarios.

Los grupos que se encuentran frente a una alternativa en cuanto a sus representantes, y por lo tanto, en cuanto a su acción política, son los grupos sociales subalternos. De las dos alternativas que se les presentan, una es siempre revolucionaria.

Estas conclusiones no se presentan para sorprender a ninguno; Gramsci era un político y muy revolucionario; por lo tanto era lógico que viera en la historia algunas sendas de acción alternativa y que las atribuyera a la posible lucha de clases, que tanto él como su partido, se proponían organizar y dirigir de una forma distinta a lo que se había hecho hasta entonces. Pero desde el punto de vista del método, permanece la interrogación: ¿cómo es posible prever las acciones de ciertas clases y grupos sociales y no las de otros? Se agrega una observación que puede comenzar a orientarse hacia la naturaleza de la política: las clases cuya acción económica está absolutamente desprovista de alternativas son las únicas que quedan abiertas a una alternativa política.

Prosiguiendo el análisis se nota otra particularidad, algunos objetivos de estos sujetos históricos pueden ser perseguidos solamente por mediación de sus representantes políticos; pero otros objetivos son perseguidos directamente por la acción económica. En otras palabras, algunos fines se obtienen pasando a través del Estado; otros, por lo contrario,

se obtienen gracias al juego de las fuerzas económicas y de sus relaciones contractuales.

Son objetivos del primer tipo, por ejemplo, el proteccionismo aduanal y el centralismo administrativo (en la medida en que favorecen los intereses de la burguesía industrial); en el segundo tipo están objetivos como la concentración de los ahorros, que es interés de la burguesía industrial; los salarios altos y la libertad sindical, que interesan a los obreros del norte. De aquí se deduce que los grupos sociales pueden, en ocasiones, servirse del Estado para lograr sus fines; pero otras veces no tienen necesidad de ello. Además, se deduce también que, cuando tienen necesidad de recurrir al Estado, sus acciones se caracterizan por la tendencia a poner a éste —o sea la conquista del Estado— como objetivo, o, por operaciones que se sirven del aparato estatal para lograr otros objetivos; estos dos tipos de operaciones tienen, por su propia diferencia, una relativa autonomía.

La obra sobre la “cuestión méridional” fue interrumpida por el arresto del escritor. Y no sólo por esta interrupción simbólica puede ser considerada como una obra de transición,¹ entre los años en que dominaba en el autor la urgencia de la acción y los años de la reflexión *für ewig* (para siempre). Gramsci reanuda el mismo tipo de análisis, con la mirada puesta en un periodo más amplio, en sus escritos hechos en la cárcel, dedicados a la revisión de la historiografía del *Risorgimento*.

2. Las páginas de la 55 a la 104 del *Risorgimento*, han inspirado, directa o indirectamente, una producción historiográfica importante y han suscitado un debate durante años, en el que también han intervenido algunos extranjeros. Pueden exponerse en dos formas muy diferentes, que llamaremos, a la primera, de historiografía económica y, a la segunda, de ciencia política (o ciencia de la política, como le gustaba decir a Gramsci, en lo cual se ha visto seguido por nuestro Ministerio de Instrucción). Según que se expongan en una o en otra versión, pueden dar lugar a investigaciones ulteriores, muy diferentes unas de otras.

En una primera versión, pueden exponerse y, de hecho, así lo fueron, encaminadas a dar al *Risorgimento* un carácter político y económicamente progresivo, según el cual los revolucionarios italianos deberían haber buscado la alianza de las masas de campesinos; para hacerlo, deberían haber propuesto y, cuando ya tuvieran en sus manos la dirección del Estado, deberían haber implantado, un programa de reforma agraria en que se asegurara la difusión de la pequeña propiedad; de esta manera, el nuevo Estado habría logrado el apoyo y la participación

democrática de los campesinos; y la burguesía habría podido dirigir una política de desarrollo económico.

Primero, Federico Chabod y después Rosario Romeo, atacaron este esquema. Romeo conduce sus investigaciones históricas² con el fin de refutarlo, convirtiéndolo en verdadera cabeza de turco, a través de una serie de hábiles polémicas que sacudieron la joven historiografía marxista.

En estas polémicas se presenta la cuestión de si la difusión de la propiedad campesina habría permitido la continuación del flujo de ahorros del campo a la ciudad, si el cambio del medio social habría mantenido constante o si probablemente habría elevado (como era la obsesión de Luciano Cafagna) la productividad agrícola y otros argumentos semejantes. Posteriormente, en escritos sucesivos, el debate se concentró, ante todo, sobre el concepto de acumulación primitiva del capital (cuyo uso, por parte de Romeo, es criticado por Gerschenkron) y por tanto, sobre el problema de los principios de la industrialización en Italia; temporalmente, se concentró la atención sobre los años ochenta, y sobre el gran silencio que siguió al 96. Ya no se habló de fracaso de la reforma agraria, y el problema que había sido el origen del debate se olvidó, salvo en algunos títulos que lo citan tímidamente y en que se insiste sobre el debate del *Risorgimento*, como revolución agraria frustrada.

Fue un fin merecido; de hecho este debate, que había sido el principal debate historiográfico italiano de la posguerra, había nacido de un doble equívoco, filológico y conceptual. En primer lugar, Gramsci no había afirmado nunca esta tesis y, en segundo, dicha tesis no podía ser considerada como tesis historiográfica.

El hecho de que no fuera esa la tesis de Gramsci y de que por lo tanto, toda la discusión sobre las interrupciones del flujo de los ahorros del campo a la ciudad, etcétera, estuvieran fuera de lugar, se puede demostrar por medio de un análisis de los escritos de Gramsci, que no es el caso de emprender aquí, y que, de todos modos, me parece que tiene escaso interés, a la luz de lo que se dirá más adelante;³ en segundo lugar, poniendo en relación las observaciones históricas de Gramsci, con sus análisis de las categorías teóricas (presentadas sobre todo en los escritos sucesivos, recogidos en el Machiavelli), las cuales evidentemente eran las mismas que, de manera implícita, y a veces explícita, orientaban su modo de observar los hechos. Por tanto, teniendo en cuenta que Gramsci no tenía ningún interés en introducir nuevos esquemas interpretativos de la historia económica, debe reconocerse que su mira consistía en introducir la historia política. Esto fue bien observado también en los años de la polémica. Renato Znanaghi, por ejemplo, observó muy apropiadamente, "que el problema que presenta Gramsci no es esencialmente, el de las relaciones sociales en el campo ni de su falta de transformación",

sino, el de la hegemonía política e intelectual del grupo dirigente moderado.⁴ Así Gerschenkron, que ha tenido el mérito de transferir el debate hacia el concepto de acumulación primitiva y hacia el problema de los orígenes del industrialismo, observó que la tesis de Romeo se presenta como una impugnación a la de Gramsci, pero que, en realidad, “probablemente sea más exacto afirmar que Romeo no podía refutar a Gramsci, porque sus intereses eran diversos”.⁵ Pero estas observaciones no fueron escuchadas, o, por lo menos, no fueron discutidas, porque en el clima intelectual de aquellos años —y no solamente entre los historiados progresistas— había una fuerte oposición hacia el lárgo vagar entre las categorías inciertas de la llamada historia ético-política, y dominaba, en cambio, el deseo de adherirse a los esquemas conceptuales más precisos y elaborados, como, por ejemplo, los que podía proporcionar la teoría económica del desarrollo y dedicarse, a través de ellos, al estudio de las estructuras que, como advirtieron irónicamente Gerschenkron y otros, ya habían dejado atrás hasta los marxistas. Es discutible que se tratase de una reacción saludable y que se deba agradecer a Romeo el haber dado el impulso;⁶ era un peligro utilizar al niño para arrojar el agua del baño, porque, el niño que estuviere en el caso, trataría de demostrarlo más adelante. Sucede que primero se saca a la luz la segunda parte del equívoco, que la conceptual.

La tesis de la reforma agraria *frustrada* no era una tesis historiográfica, no podía dar lugar a un verdadero problema historiográfico. Esto no porque sea ilícito poner el “se” a la historia, sino porque cuando se pone el “se” se pasa del terreno historiográfico al de las proposiciones teóricas, relativas a las teorías específicas de las ciencias sociales, es decir, a la teoría económica, teoría política, teoría sociológica, etcétera.⁷ Un problema historiográfico es siempre un problema de identificación de sujetos históricos y de imputación de acciones históricas a uno u otro sujeto; no puede ser el problema de saber cuáles consecuencias se hubieran producido si determinados sujetos históricos hubieran actuado de diversos modos. Esto es un problema que puede ser útil por sí mismo, pero que se formula de una manera generalizante: qué tipo de efectos se logran cuando ciertos tipos de sujetos históricos actúan de determinado modo y cuáles otros efectos, cuando actúan de manera diferente. Además, la definición de los tipos es relativa a la teoría que se desea verificar.

Está demostrado que las cosas no pueden ser de otra manera, por el hecho de que, aun en el debate que hemos examinado rápidamente, los problemas discutidos fueron teóricos (las condiciones de la acumulación, del aumento o de la disminución de la productividad campesina y similares). Pero el no haber adquirido un conocimiento metódico de esto, impidió advertir que ese tipo de conceptualizaciones era solamen-

te uno entre muchos que podían servir para colocar en el justo término los problemas presentados por Gramsci; cualquier otro acto hubiera sido completamente extraño a los intereses del propio Gramsci. Ya sea en el texto que discutimos o en el resto de su obra, no es fácil encontrar sugerencias originales que sirvan para enfrentarse a problemas de teoría del desarrollo económico.

La segunda versión a través de la cual se puede exponer la tesis de Gramsci sobre el *Risorgimento*, es la siguiente: un proceso de formación de un nuevo Estado nacional, del tipo de nuestro proceso de *Risorgimento*, se caracteriza por las acciones de dos partidos políticos, de las cuales una (nuestros moderados) es la expresión directa de las clases que están en el poder en la sociedad civil y la otra (nuestro partido de acción), aunque participan en el proceso político de la oposición pertenece sustancialmente al mismo terreno social y cultural de la burguesía urbana media y alta, de donde proviene la parte dominante. Los moderados constituyen un bloque orgánico con la clase de la que son representantes, son una vanguardia orgánica de dicha clase, y, como se diría ahora, son dirigentes naturales de la misma. Esto les permite ejercitar la hegemonía, es decir, una fuerza de atracción y una verdadera dirección, sobre sus adversarios políticos, que se manifiesta en la capacidad de crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales (apoyándose entre sí respecto a las ofertas de empleo en la administración y en la escuela) y en la capacidad que tienen para absorber a los dirigentes políticos de los otros partidos, gracias al fenómeno del transformismo. En las clases sobre las que no ejercen atracción (en este caso los campesinos) ejercen, en cambio, dominio, excluyéndolas de la sociedad política y gobernándolas, cuando es necesario, a través de la policía; (cuando es posible, a través del párroco, pero en nuestro caso, esto se ve obstaculizado por la cuestión vaticana). Para librarse de esta dirección —atracción— y para realizar sus fines de revolución democrática, el Partido de Acción debe hacerse representante de la clase campesina que, por estar excluida de la sociedad política, constituye la mayoría de la población nacional. Puede lograr esto de las siguientes formas: *a*) proponiendo un programa que no sólo interprete las reivindicaciones de las clases desposeídas, sino que anticipe las necesidades futuras, considerando la participación del Estado, por lo tanto, no necesariamente con las aportaciones de la pequeña propiedad; *b*) reuniendo en una sola organización a los intelectuales y a la base de las clases excluidas. Si esto se realizara, es probable que diera origen a una crisis orgánica, es decir, a la ruptura de las relaciones de representación natural entre los grupos sociales y sus partidos. De hecho, es probable que surgieran situaciones semejantes de crisis orgánicas, cuando masas políticamente pasivas, presentaran, a su vez, nuevas reivin-

dicaciones ⁸ (o, en otros términos, cuando las necesidades latentes de las masas se transformen en demandas políticas). En estas situaciones, es posible una transformación revolucionaria de las relaciones de poder y el comienzo de una nueva política. Esto fue lo que lograron, en parte, los jacobinos franceses, en una situación de este tipo.

¿Era posible que se realizase esta secuencia de circunstancias durante el *Risorgimento* italiano? Después de las consideraciones que se han hecho, el problema resulta académico. El propio Gramsci indica los dos factores que impidieron que esto sucediera: una situación internacional particular que hacía difícil, si no imposible, cualquier lema democrático autónomo; la diferencia sustancial con respecto a “la plebe” que sentían nuestros demócratas. Este último factor quizá hubiera podido modificarse con un sencillo cambio de actitud; pero en realidad, se derivaba, a su vez, de los orígenes ideológicos del P. d’A, el cual surgió proponiéndose, aunque en términos diferentes, los mismos fines de unificación nacional que realizaron después los moderados, fines que eran extraños a las masas campesinas. Para acercarse a ellas, el P. d’A hubiera tenido que perder, en cierto sentido, su identidad, organizarse como un partido de masas de nuevo tipo (esto no significa obviamente dar la razón a los moderados, si por dar la razón a un sujeto histórico se entiende —ya que no se puede entender otra cosa— tomarlo como modelo para circunstancias del mismo tipo).

Pero este punto, es más conveniente abandonar del todo cualquiera referencia específica a la hipótesis histórica alternativa del *Risorgimento* italiano. ¿Cuáles son los problemas que deja abiertos Gramsci con la formulación generalizante de su hipótesis? ¿Qué uso puede seguirse haciendo de los conceptos que le sirven en el análisis histórico o de los que desarrolla posteriormente, de una manera explícitamente teórica en el Machiavelli?

3. Las interrogaciones que los análisis históricos de Gramsci dejan abiertas pueden resumirse así: ¿cuándo (en qué condiciones) hay entre los representantes y los representados una relación orgánica y cuándo no? ¿En qué condiciones son posibles alternativas de representación y, por tanto, alternativas de acción para determinados sujetos históricos? ¿Cómo (según cuáles categorías) se identifica la base social de los sujetos históricos? y, más explícitamente, ¿es posible identificar sujetos históricos no sólo sirviéndose del sistema de posiciones en las relaciones de producción, sino también según otras categorías (nacionales, religiosas y, en un sentido más amplio, culturales)?

Y finalmente, ¿cuál es la naturaleza de las reflexiones que llevan a la solución de interrogantes como éstas? Es decir, ¿es metodológicamente

permitido la elaboración de categorías abstractas aplicables a diversos casos históricos específicos, como por ejemplo, las categorías de hegemonía, crisis orgánica, bloque histórico, y algunas otras semejantes, que propone Gramsci?

Responder completamente a estas interrogantes significaría exponer toda la teoría política de Gramsci, y no es el momento de hacerlo aquí. El alcance de nuestro objetivo es más limitado; consiste en indicar cierta coincidencia entre las conceptualizaciones de Gramsci y las de la ciencia social actual y todo lo que se puede obtener de esta comparación; mostrando además cómo dichas conceptualizaciones eran necesarias para Gramsci, a fin de responder, aun cuando no tuviera ocasión de hacerlo expresamente, a los problemas de método, que quedaron abiertos en su investigación y en sus observaciones historiográficas.

Actualmente se ha difundido la opinión de que la noción del “bloque histórico”, constituye una de las más importantes propuestas por el pensamiento de Gramsci. En dicha noción se percibe más claramente la afirmación del nexo o interacción entre estructura y superestructura, y por tanto, se destruyen muchos intentos demasiado incómodos de analizar las raíces estructurales de una situación política, que no es el punto de partida para un análisis de cómo un sistema de valores culturales (lo que Gramsci llama ideología) penetra, se transmite, “socializa” e “integra” un sistema social. La correspondencia entre las descripciones generalizadas implícitas en las nociones del bloqueo histórico, hegemonía, direcciones políticas, ideología, funciones de los intelectuales y algunas descripciones generalizadas de la sociología y de la ciencia política actuales, es casi perfecta. La forma de tratar el problema del consenso, el de la función integradora y de los modos de difusión de los valores culturales, características del funcionalismo norteamericano de los años cincuenta, han sido anticipados por Gramsci de una manera sorprendente. (Desde el punto de vista de la historia de las ideas, la cosa probablemente se puede explicar por alguna influencia de Durkheim que, inconscientemente, Gramsci debe de haber absorbido a través de Sorel, quien se encontraba fuertemente impregnado por estas ideas; lo mismo se puede decir de las analogías, que ilustraremos posteriormente, entre la noción durkheimiana de los entusiasmos colectivos y la gramsciana de la crisis orgánica.) Algunas veces puede parecer que Gramsci, reflejando sobre todo su experiencia de las sociedades italianas y rusas, en las que antiguas tradiciones culturales y una escasa difusión de la instrucción se unen para hacer que el papel del intelectual sea particularmente significativo, concede demasiada importancia, en este proceso de transmisión de los valores, a los intelectuales, a la elaboración cultural consciente, a los canales de la cultura organizada. Pero, desde otro punto de vista,

resulta clara la atención que Gramsci deseaba que se dedicara a los fenómenos cotidianos, menores, que, de alguna manera, están “estructurados” en la vida colectiva; como en aquel pasaje en que el exhorta para que se estudien las formas a través de las cuales la clase dominante organiza la conservación y la penetración de su ideología (comprendida como concepción del mundo y sistema de valores), después de haber mencionado el tipo, las escuelas, y las bibliotecas, los círculos, los clubes, subraya la importancia que tiene para este fin, la arquitectura, la disposición de las calles y sus nombres⁹ (casi haciéndose eco de algunos estudios sociológicos durkheimianos de principios del siglo, como, por ejemplo, los de Maunier,¹⁰ y anticipando también las orientaciones culturalistas de los ecologistas, por ejemplo Firey).¹¹ Todo esto se encuentra implícito en la afirmación de que, cuando las ideologías asumen “la solidez de las creencias populares” (según una expresión de Marx), se unifica entonces un bloque social, se constituye el bloque histórico (es decir, se realiza un sistema social integrado)¹² También en la definición de ideología se encuentran, implícitamente, las “concepciones del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva”.¹³ (Aquí encontramos otro punto digno de ser profundizado, que es esta afirmación de la ideología que se manifiesta en la actividad económica.)

Desde el punto de vista del método historiográfico, durante la primera fase de los estudios de Gramsci, las consecuencias más importantes que se derivan de dichos principios son las relativas a la superación del economismo; se puede resumir en la proposición gramsciana de que las fluctuaciones de la política y de la ideología no son comprensibles si se consideran únicamente como expresiones de la estructura.¹⁴ Otra consecuencia, más sutil, pero igualmente importante, se quedó en la sombra, porque podría herir a los intelectuales; Gramsci la explica diciendo que muchos actos políticos y doctrinas ideológicas tienen una necesidad autónoma, proveniente de la necesidad de dar coherencia a un partido, a un grupo, a una sociedad, es decir, de constituir principios de *distinción y de cohesión interna*. Probablemente no se pueda encontrar ninguna relación entre la estructura social del oriente bizantino y la doctrina de que el Espíritu Santo procede solamente del Padre; o entre la estructura social del occidente romano y la doctrina de que procede también del Hijo; de acuerdo con su estructura social, las dos partes habrían podido muy bien afirmar cualquiera de las dos doctrinas.¹⁵ La necesidad de estas dos proposiciones ideológicas singulares, podemos agregar hoy, con referencias estructuralistas, se debe buscar, más bien, en las estructuras independientes de las dos ideologías.

Mas la aportación de Gramsci, que sigue siendo original, es otra. Consiste en mantener la vista firme sobre las relaciones de las clases, aun cuando elabora la teoría de la integración (hegemonía, ideología, bloque histórico). De ahí resulta un esquema que se puede exponer de la siguiente manera: una situación integrada, de representación orgánica, solamente puede realizarse de manera normal entre las clases dirigentes, gracias a la relación orgánica entre el Estado y la sociedad civil¹⁶ debido a que la sociedad política representa efectivamente los intereses de la clase dirigente, y ésta puede utilizar los instrumentos de la hegemonía para atraerse a los intelectuales y dirigir a los otros grupos de la sociedad, logrando el consenso. Pero en el interior de estas relaciones orgánicas, la ideología integrada, aun cuando invade y unifica gran parte o el conjunto de la sociedad, sigue siendo la ideología de la clase dominante. Atraídas o conformes o simplemente excluidas de la sociedad política, las clases subalternas no están realmente unificadas y su historia, aunque vaya ligada a la de la sociedad civil, es una función disgregada o discontinua de la sociedad civil o del Estado.¹⁷ Por lo tanto, representan una potencialidad de disgregación de las relaciones orgánicas, y esta potencialidad se actualiza cuando se verifican dos circunstancias: una crisis orgánica, la presencia de una nueva formación social (en general el partido) que afirma la autonomía integral de las clases subalternas es capaz de lograr la hegemonía, y de crear “nuevos valores históricos e institucionales”,¹⁸ realizando un bloque histórico contrapuesto. Pero la condición preliminar es la crisis orgánica, la crisis de la representación, la ruptura de las relaciones orgánicas entre los grupos sociales y sus partidos, entre las bases sociales y los actores históricos que las expresan.

Esta noción de crisis orgánica es quizás el elemento más interesante de la teoría política de Gramsci; y sorprende ver que no haya sido objeto de profundización en la amplísima literatura gramsciana (según mis conocimientos). Solamente Palmiro Togliatti, en su artículo sobre Gramsci y el leninismo, reconoce con justicia que “Gramsci pone como base de todo su pensamiento y de todo su acción sucesiva, la noción de las modificaciones y del cambio en las relaciones de poder en la sociedad, de la ruptura del bloque histórico dominante y de la creación revolucionaria de un bloque nuevo.”¹⁹ Pero después de haber hecho esta afirmación, Togliatti pasa a examinar en qué forma concibe Gramsci la solución de la crisis orgánica, la salida de la misma, lo cual le permite concentrar la atención sobre las funciones del partido de la clase obrera “del intelectual colectivo”, etcétera. No dice una palabra sobre la cuestión que, evidentemente, es preliminar, la de las condiciones, en las que es posible que se verifique una crisis orgánica; solamente hay esta frase

genérica: “Las condiciones mismas del mundo capitalista, junto a la fase del imperialismo, crean las premisas generales de la ruptura revolucionaria, pero en cada país esta ruptura tiene sus premisas particulares, que provienen de su historia.”²⁰ Ahora bien, no solamente en el conjunto de la obra gramsciana se puede encontrar una documentación razonada bastante abundante sobre las situaciones de crisis orgánica, sino que, si se la examina con atención, desmiente las dos afirmaciones contenidas en la frase togliattiana: que solamente una cierta fase, históricamente circunscrita, sea condición para la crisis orgánica, y que este concepto no se pueda definir en términos aplicables a diversas situaciones históricas específicas.

¿Qué son, pues, para Gramsci, las crisis orgánicas? Desde luego se trata de una categoría más amplia que la que puede indicar la expresión “ruptura revolucionaria” usada por Togliatti. La crisis orgánica puede dar lugar a la revolución, pero también a la reacción, simplemente puede disolverse, dejando el poder en las mismas manos que lo tenían. De otra manera, puede decirse que puede haber diversos grados de amplitud y de intensidad en las crisis.

Si hay normalmente crisis orgánica, que es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, entre los representantes y los representados, “esto se debe, o a que la clase dirigente ha fallado en alguna de sus grandes empresas políticas, para la cual ha pedido o ha impuesto por la fuerza el consenso de las grandes masas (como sucede con la guerra); o a que grandes masas (especialmente de campesinos y de pequeño-burgueses intelectuales) han pasado de golpe, de la pasividad política a una cierta actividad y presentan reivindicaciones que, en su complejo disorgánico, constituyen una revolución. Se habla de ‘crisis de autoridad’, y esto es precisamente la crisis de hegemonía o crisis del Estado en todo su complejo”.²¹ El proceso es observable e ilustra exactamente los dos tipos de crisis de la representación: ya sea por el retiro del apoyo, o por acrecentamiento brusco de las peticiones políticas y de las reivindicaciones. El segundo tipo se refiere al fenómeno que, en la terminología sociológica de los estudios del desarrollo, se llama movilización social, y consiste en la participación, más o menos improvisada y rápida, de grandes masas de población en el sistema político (por ejemplo, a través de la extensión del sufragio) o económico social (por ejemplo, por medio de la extensión de la economía monetaria o a través de procesos de rápida urbanización).

Pero es igualmente importante la indicación (evidente para el sentido común, pero muy desagradable para la teoría política) de que el fenómeno por medio del cual es más frecuente solucionar una crisis económica, es la guerra. La atención de Gramsci se orienta constantemente en este

sentido. Durante sus últimos años de trabajo, se la encuentra uno mencionada en el tema de la obra *Ordine Nuovo*, aparecida el 2 de agosto de 1919: “Cuatro años de trincheras y de derramamiento de sangre han cambiado radicalmente la psicología de los campesinos. Este cambio... es una de las condiciones esenciales de la revolución. Lo que no había logrado el industrialismo con su proceso normal de desarrollo, ha sido producido por la guerra.”²² Sobre los efectos de la guerra, Gramsci tiene observaciones sociológicas muy agudas. Esencialmente se puede encontrar la distinción de tres categorías de efectos: a) la guerra mundial, que moviliza grandes masas de población campesina, las ha metido al sistema político y las ha hecho conocer el Estado; esta estructura intermedia entre la aldea y el universo, que hasta entonces eran para los campesinos los únicos puntos de referencia; b) la movilización y los años de guerra anularon el aislamiento, la dispersión, el particularismo de los egoísmos, modelaron un alma común unitaria, permitieron hacer una “experiencia comunista” (*sic*), impusieron legados de solidaridad colectiva; c) crearon una igualdad de las condiciones de las masas proletarias y semiproletarias que determinaron después sus efectos revolucionarios.²³

Estos tres elementos —movilización y participación de las masas en el sistema; formación de una solidaridad y de tareas comunes, creación de puntos de igualdad, de “igualamiento” como dice Gramsci, frente a una situación de tipo diverso; empresa bélica, condiciones de trabajo, procesos institucionales—, son las que caracterizan en general las situaciones de crisis orgánicas. Al examinar, en la historia del *Risorgimento*, las condiciones que, con una expresión casi durkheimiana llama “los momentos de vida intensamente colectiva”²⁴ que se producen cuando se le presenta a una población alguna “tarea al menos potencialmente común”, en que existe la posibilidad de que se produzca “una acción de carácter colectivo (en profundidad y en extensión) y unitario”, menciona 26 casos que clasifica como: guerra, revolución, plebiscitos y elecciones generales de significación especial. Es evidente que Gramsci no se interesa por la función institucional de las elecciones pero, con una feliz intuición sociológica, estudia su aspecto movilizante. Recuerda que después de los cambios electorales, en las elecciones del 13 “se había difundido la convicción mística de que todo cambiaría después del voto, que había constituido una verdadera renovación social”,²⁵ y hace notar la importancia del hecho de que en una jornada electoral como la de 1919 “en todo el territorio, en el mismo día, toda la parte más activa del pueblo italiano se hace las mismas preguntas y trata de resolverlas en su conciencia histórico-política”. Naturalmente, el grado de importancia de estos momentos de vida intensamente colectiva, varía mucho y por lo tanto varía también sus efectos. Pero todos contienen la posibilidad de la

formación de entusiasmo y de voluntad colectiva; de creaciones de nuevos valores culturales y, por tanto, de iniciación de un proceso de renovación de las relaciones entre un determinado tipo de estructura y un cierto tipo de superestructura, que se refleja en la innovación de las relaciones entre representantes y representados, y lleva también a la intensificación de los sujetos de acción histórica.

En un plano más propiamente filosófico sería interesante, aunque no es posible hacerlo aquí, desarrollar las relaciones que hay entre estas ideas y la de "catarsis" que es "el paso del momento meramente económico, al momento ético político, es decir, la elaboración superior de la estructura en una superestructura en la conciencia de los hombres" y es también "el paso de lo objetivo a lo subjetivo, de la necesidad a la libertad".²⁶ También sería interesante examinar si la polaridad entre los periodos históricos de representación orgánica y los periodos históricos de crisis y entusiasmo colectivo, repiten, de alguna manera la polaridad entre el momento de la economía y de la organización y el momento de la pasión política, como elementos analíticos de la acción política.

La idea de crisis orgánica sirve solamente para definir una fase de un proceso en el cual se presentan alternativas históricas y que por lo tanto, en circunstancias diferentes, puede tener resultados diferentes. Puede dar lugar a situaciones en las que la clase gobernante tradicional, dándose cuenta del peligro, unifica a sus diversos representantes en un partido único, reorganiza el poder de manera abiertamente dictatorial (Gramsci pensaba claramente en el tipo fascista de solución a la crisis). Pero, si es incapaz de unificarse de manera estable, la clase gobernante elige temporalmente a un jefe que media entre las diferentes facciones, lo mismo que entre la clase dominante y las clases subalternas, con lo que se llega al cesarismo.

Pero habiendo creaciones de nuevos valores y de nuevas formas históricas, lo que ocurre es que se afirman nuevos sistemas de representación orgánica (y de hegemonía) por parte de las clases subalternas. Se sabe que Gramsci, en diferentes fases, concibió dos formas nuevas de representación de las clases subalternas y al mismo tiempo, de anticipación del nuevo Estado: el consejo y el partido.

En los años cincuenta hubo una controversia, con reflejos políticos, para decidir si Gramsci daba preferencia a una o a otra solución. Por ejemplo, Togliatti, en el escrito citado, afirma sin vacilación que la solución del consejo era de circunstancia; y la de partido, ya en torno a los años veinte, era para Gramsci la solución principal. Naturalmente, esta disputa no tiene interés aquí, y nos basta observar que la solución sobre el consejo fue formulada en un momento de avanzada revolucio-

na; la solución del partido fue formulada y propuesta para el periodo de la guerra de posiciones, como lo llama Gramsci, el periodo privado de perspectivas revolucionarias inmediatas, por lo cual en cierto sentido se funda sobre la hipótesis de la *duración de la crisis orgánica*. No era esta hipótesis contradictoria en sí, puesto que una crisis orgánica no puede dejar de resolverse y de sistematizarse con el tiempo, y esto puede suceder, en parte, gracias a la acción integradora del partido de la clase obrera. Éste es otro punto que merecería ser elaborado.

La teoría gramsciana del partido, que es de la que hablaremos ahora, es demasiado compleja, y ha sido ya analizada desde muchos puntos de vista, para estudiarla superficialmente. Bastará recordar que dicha teoría proporciona la respuesta a las interrogantes que presentamos al principio, en el sentido de que el partido es, para Gramsci una formación social de tipo nuevo que, al constituirse como tal, se libera, al menos parcialmente, del condicionamiento estructural, yendo más allá de la simple representación del grupo social que lo forma, en la medida en que interpreta sus necesidades futuras a la luz de las perspectivas establecidas en su conjunto. El partido es, por tanto, una formación social que supera en sentido universalístico, a los intereses corporativos de una categoría social dada y, en consecuencia, tiende a anular el sistema de intereses preexistentes o a crear uno diferente, fundado sobre la aceptación y el deseo de realizar los valores nuevos (el germen de voluntad colectiva que tiende a devenir universal y total).

En cuanto a la última interrogante, que dice ¿de qué naturaleza es la reflexión sobre los conceptos precisados anteriormente?, la respuesta no es difícil de encontrar. Es una elaboración teórica autónoma de conceptos y categorías, con cuyo auxilio se formulan hipótesis para orientar la investigación, o cánones para orientar la acción política; es pues, ciencia política. Se pueden resumir en tres puntos las delimitaciones que Gramsci presenta en la obra Machiavelli, del objeto de la ciencia política. Debe ser, ante todo, el estudio de las condiciones que permitan la formación de cierta voluntad colectiva, en los diversos niveles de relaciones de fuerza en que se manifiestan (más propiamente, sociales, es decir ligado directamente a la estructura; político, y político militar), en sus diversas combinaciones (horizontales o según la actividad económica, verticales, o según el territorio). Después, el estudio de las formas de constitución de la voluntad colectiva (las formas de identificación del individuo con el grupo, el espíritu de sacrificio, el espíritu de cuerpo, el espíritu estatal, etcétera). Finalmente, el estudio de las reglas de gobierno y más ampliamente, el estudio del funcionamiento del Estado, indicando con este término “todo el complejo de actividad práctica y teórica con el que la clase dirigente justifica y man-

tiene su dominio, además de que trata de obtener el consenso activo de los gobernados".²⁷ Como en esta acepción, el término Estado comprende también la sociedad civil (las organizaciones llamadas privadas, etcétera) la ciencia política, tiene en Gramsci, un carácter de ciencia unitaria de los fenómenos sociales, que abarca a las demás ciencias sociales y en particular a la sociología.

Esta concepción unitaria y global de la ciencia política, parece estar en contradicción con otras afirmaciones de Gramsci (además fragmentarias y poco desarrolladas) según las cuales se estabilizan las distinciones entre los diversos grados de la superestructura y, basándose en ellas se determina la posición de la actividad política (y de la ciencia correspondiente), lo que constituiría el primer grado o momento de la superestructura, esto es la fase de mera afirmación voluntaria, indistinta y elemental.²⁸ Por otra parte, este esbozo de clasificación, que podría hacer pensar —a la luz de otros pasos, algunos ya recordados aquí— en una distinción entre dos ciencias sociales fundamentales: la ciencia política y la económica, se ve inmediatamente después ahogado, con un procedimiento dialéctico característico, en la afirmación de que la política abarca toda la vida y, por tanto, todo el sistema de la superestructura puede concebirse como distinciones de la política.²⁹

En cambio, la exigencia de generalidad de la ciencia política queda evidentemente determinada por sus ligas necesarias con la acción política, es decir, con la práctica. Las ligas de la teoría y la práctica, son para Gramsci, lo mismo que para Marx. Pero en el argumento gramsciano hay un punto que merece ser desarrollado: "El problema de la identidad de la teoría y la práctica se presenta especialmente en determinados momentos históricos, los llamados de transición, es decir, en que las transformaciones son más rápidas, cuando realmente las fuerzas prácticas, desencadenadas, exigen ser justificadas para ser más eficientes y expansivas", es decir, en los momentos de crisis orgánica.

En estos momentos, la actividad teórica y la actividad práctica tienden a identificarse. Esto quiere decir que la tendencia a la identificación es variable y que, en los momentos de estabilidad orgánica, la actividad teórica tiende a separarse, y, consecuentemente, a especificarse. El problema de la relación entre teoría y práctica, sigue siendo la afirmación filosófica de su identificabilidad y se presenta aquí, en términos sociológicamente verificables, como relaciones entre dos tipos de actividad.

En todo caso, independientemente de algunos puntos literales, que se pueden deducir aquí y allá, la lógica del procedimiento gramsciano en los pasos en que, como en el Machiavelli, propone conceptos y categorías que son fundamentos para hipótesis y verificaciones empíricas, lleva a la concepción de una ciencia política relativamente autónoma,

condicionada temporalmente, pero, como sucede en otras ciencias, con una temporalidad propia, diferente de la de la estructura; que tiene como finalidad última la acción, pero con diferentes grados de tiempo.

El gramscismo de los años 50 en Italia ha tenido diversos significados: refugio antidogmático contra una ortodoxia torpe que pudiera surgir eventualmente en el partido; fundamento para la afirmación sobre la función específica de los intelectuales; estímulo para la investigación articulada de los significados de la tradición italiana, pero también defensa para no separarse con demasiada brusquedad de la estructura metodológica de Croce; resistencia a aceptar la metodología de las ciencias históricas y sociales, que, mientras tanto, se había desarrollado en el extranjero y por tanto, también una forma de esquivar algunos problemas de fondo en este sector.

La cultura italiana de los años 60 parece alejarse de la lectura de Gramsci, poco a poco, sin una particular reflexión crítica, sino mostrando solamente un progresivo desinterés. El único que, según sé, ha bosquejado un análisis de fondo, aunque rápido, de las implicaciones negativas del historicismo absoluto de Gramsci, ha sido un extranjero, Louis Althusser.³⁰ Inteligentemente demuestra cómo el historicismo de Gramsci va mucho más allá de lo que se podría atribuir a Marx, porque no solamente elabora una teoría que refleje su propia función ideológica (y ésta es la originalidad del marxismo), que “incluye el sentido práctico de su teoría en la propia teoría”;³¹ sino que llega a ideologizar y por lo tanto, a historiografiar el saber científico, vinculándolo con el “bloque histórico” en los accidentes de la estructura. Así pues, como en todo historicismo absoluto, la ciencia cae en ciencia de la historia y la ciencia de la historia en historia misma. En este caso, la actividad teórica tiende a perder toda especificación, para quedar reducida a práctica histórica, que funde, sin hacer distinciones, la economía, la política, la ideología y la ciencia. Todas las categorías convergen a un punto y los diversos niveles se borran.

El análisis de la obra de Gramsci presentado aquí trata de ser una contribución a la reconstrucción, en el Gramsci teórico y no sólo en el investigador, de aquello que escapa a una crítica del tipo de la de Althusser; es decir, a la reconstrucción de una conceptualización científica sistemática que distinga sus categorías y sus niveles, no que los confunda. Todo esto se ha hecho, no con el objeto de exaltar un aspecto nacionalista o de partido, sino para examinar lo que pueda ser utilizable y transferible, de la labor de este autor, para los trabajos de las ciencias sociales de la actualidad.

¹ Esta cita se encuentra en la obra de A. Gramsci, *La Questione Meridionale*, Roma, 1966. En la introducción, F. de Felice y V. Parlato, consideran que este artículo tiene un significado de verdadero cambio en el desarrollo teórico de Gramsci. G. Fiori tiene la misma idea que expone en *Vita di A. Gramsci*, Bari, 1966, p. 241. Este punto resulta interesante porque confirma, por otras vías, que a partir de los dilemas irresolutos de investigación histórica, Gramsci comienza a desarrollar ciertos conceptos que después veremos convertirse en temas de elaboración teórica autónoma.

² En *Risorgimento e Capitalismo*, Bari, 1959. Para una visión general de la polémica, ver también *La formazione dell'Italia industriale*, de A. Caracciolo, Bari, 1963.

³ Para un análisis de la mayor complejidad que, desde un punto de vista económico, podía tener Gramsci en mente, ver D. Tosi en *A. Caracciolo, op. cit.*, pp. 185 y ss. Además, hay que tener en cuenta también las reacciones de Gramsci, aunque con referencia a otro período histórico, que se observan en *Alcuni temi...* que son contrarias a las que le habían atribuido la idea de dividir el latifundio.

⁴ En *Studi Gramsciani*, Roma, 1958, pp. 370-71.

⁵ Ver *Il problema storico dell'arretratezza economica*, Torino, 1965, p. 64. Se podrían citar pasajes de otros autores, como Togliatti en *Studi Gramsciani, op. cit.*, p. 431. L. Dal Pane en *A. Caracciolo, op. cit.*, p. 104. Actualmente, la cosa parece pacífica, como indican De Felice y Parlato en la introducción citada, pp. 30-32.

⁶ En este sentido A. Caracciolo, *op. cit.*, pp. 11 y ss. Pero aquí no se revelan los aspectos negativos.

⁷ Se pasa al terreno de la teoría y no al de la práctica, como Romeo, en algunos pasajes, con residuos de terminología crociana, parece afirmar. La teoría de Gramsci indicaba que se podía llegar a la práctica en este sentido —además, este uso del análisis histórico aplicado al terreno de la teoría de la acción política siempre lo admitió. La operación inversa de Romeo, que dicha tesis trataba de demostrar que era falsa, era también “práctica”.

⁸ Este último elemento del esquema se toma del Machiavelli 50 y no del pasaje citado del *Risorgimento*.

⁹ P. 172.

¹⁰ *La fonction et l'origine économique des villes*, Paris, 1910.

¹¹ *Lad Use in Central Boston*, Cambridge, 1947.

¹² M. S. 49.

¹³ M. S. 7.

¹⁴ M. S. 97.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ R. 191.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ P. 57.

¹⁹ *Studi Gramsciani, op. cit.*, 427.

²⁰ *Op. cit.*, p. 430. Esta inclinación a desinteresarse del problema de la crisis orgánica es lógica y está de acuerdo no sólo con la posición ideológica togliattiana, sino con la experiencia común de la restauración de los años 50.

²¹ Machiavelli 50.

²² En *Questione Meridionale*, p. 65.

²³ *Op. cit.*, p. 63.

²⁴ R., p. 112.

²⁵ R., p. 113.

²⁶ M. S., p. 40.

²⁷ Machi, p. 79.

²⁸ Machiavelli, p. 11.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ En *Lire le Capitale*, Paris, 1966, t. II, pp. 82-106.

³¹ *Op. cit.*